

El Campo de Griselda Gambaro

Teatro Sha

Dirección:

Augusto Fernández

El antinazismo de posguerra está retomado en esta pieza de Griselda Gambaro. El tema, con un sentido más amplio, fue tratado por la misma autora en "Las Paredes": el hombre encerrado, acosado, que tiene ojos pero se empecina en no ver y cuando ve quiere olvidarse de lo que ha visto lo más pronto posible, aunque al final es víctima y a la vez culpable. Ha hecho ojos ciegos a la agresiva injusticia totalitaria pero ella lo alcanza. La preocupación tuvo versiones del más distinto cariz en los autores de dos décadas atrás desde Sartre y Camus pasando por Brecht y Max Frish hasta nuestros autores nacionales comprometidos en la combatividad. Quizá por eso, como símbolo, el campo de concentración resulte demasiado anecdótico y de poco vuelo imaginativo. La figura del militar nazi con su clásica e histérica arbitrariedad cruel, contrapuesto a la víctima y a los que son juguete en manos de ese poder implaca-

ble (el alemán jauría por antonomasia, y el débil, víctima por antonomasia) nos resultan poco originales. Dentro de ese marco, como es previsible, los torturadores torturan y los débiles sufren y aguantan.

Es verdad que quizá a través de ese símbolo G. G. ha querido significar las distintas opresiones de nuestro tiempo, pero tal como está dado la imaginación del espectador se limita a lo político.

Asimismo como construcción la pieza es despareja. Lo obvio, lo que está en la tónica de "El Gran dictador", ya lo dijimos, repite lo que constituye un "tipo" en la literatura, el teatro y el cinematógrafo de las dos últimas décadas. En cambio escapa al esquematismo previsible, compone situaciones de interés y soslaya el adocenamiento. Esos momentos se pueden reducir a la escena del concierto y a la de la despedida. Estupendas situaciones, donde G. G. afirma su lenguaje y escapa a la mezcla de

naturalismo tipicismo y pieza de compromiso, para afirmar su inspiración.

La puesta en escena cuenta con una eficaz ambientación de Leal Rey y con una dirección igualmente eficaz. Si bien creemos advertir una marcada tendencia a acentuar lo trágico directo antes que lo trágico por el absurdo. Inés Ledesma en su papel de Ema realiza una óptima composición de personaje. Lautaro Murúa acompaña con eficacia, aunque su personaje a fuer de tipo es ingrato. Ulises Dumont también asume un personaje ingrato, pues oscila entre un verismo de tono realista, que le quita rigor y coherencia, y el personaje tipo, sin alcanzar uno u otro de manera definida. El de presos, funcionarios, enfermeros, responden con eficacia a los propósitos de la dirección.

En síntesis: es una pieza con situaciones de interés, que cuenta con actores cuya labor la rescata del peligroso lugar común.



BIBLIOGRAFICAS

Derrotero de la Compañía de Jesús en la conquista del Perú, Tucumán y Paraguay y sus iglesias del antiguo Buenos Aires 1567-1768.

de Andrés Millé

EMECE Editores.
Buenos Aires 1968 - 542 pp.

Desde que el arquitecto húngaro, Juan Kronfuss, nos reveló los innegables valores de nuestra arquitectura colonial, no han sido pocos los que se han empeñado en darlos a conocer, y son dos arquitectos los que más y

mejor lo han sabido hacer: Mario Buschiazzi, cuya labor de pionero es inmensa, y Andrés Millé, que acaba de darnos el sexto de una serie de tomos sobre las iglesias porteñas: la Recoleta, Santa Catalina, la Merced, San Fran-

Guillermo Furlong S. J.

cisco, Santo Domingo, San Ignacio, y tiene en preparación sendas monografías sobre las iglesias de San Juan y de San Nicolás, ya desaparecida esta postrera. Solo ha prescindido de la Catedral, por considerar bien conocida su historia, aunque sabemos que Ludovico García de Loydi, con una novedosa y valiosa información, espigada por él en el Archivo del Cabildo Eclesiástico de Buenos Aires, se ocupa de la historia de nuestro templo máximo.

Cada una de las seis monografías del arquitecto Millé se refieren a iglesias de Ordenes Religiosas, y para mejor apreciar a aquellas ha historiado **ab ovo** la historia de éstas, y así el volumen referente a la Iglesia de San Ignacio, comienza con la primera expedición de jesuitas, que llegó al Perú en 1567, y cómo del Perú pasaron algunos de ellos al Tucumán, Paraguay y Río de la Plata (1585), y, llegados a Buenos Aires, se establecieron en plena Plaza de Mayo, entre, lo que es ahora la Pirámide de Mayo y el Banco de la Nación, desde donde se trasladaron en 1659 a la que habría de llamarse la "manzana de las luces", sobre Bolívar, entre Alsina y Moreno, y cómo, al fundar un segundo Colegio, el del Alto de San Pedro, llamado también de San Telmo, construyeron una segunda y atrevida iglesia.

Con una aparente superficialidad y con una extraordinaria habilidad, hace Millé que, en torno a cada una de estas iglesias, giren los acontecimientos más variados y dispares, sin distraer al lector del tema primordial, que no es otro que la construcción e historia de cada uno de esos templos porteños.

Enorme es el caudal de hechos que desfilan ante el lector, hilvanados con tal arte, que apenas son sensibles las transiciones del uno al otro, y todos, en uno u otro grado, resultan de interés y convergen al tema primordial. "La amistad de los jesuitas con los ingleses del Asiento de Negros" es un hecho que **prima facie** ninguna relación puede tener con la historia de la Iglesia

de San Ignacio, y sin embargo, como afirmaba después uno de los jesuitas de la época, el Padre Herrán, "muchos miles de pesos han dado los herejes ingleses para ella", esto es, para la construcción de la Iglesia de San Ignacio, y bellamente refiere Millé cómo se inició esa amistad anglo-jesuitica.

El escribir con ciencia y con conciencia es sin duda lo fundamental, pero cuando a esos pre-requisitos se agrega el escribir con amor, lo que no supone parcialidad alguna, la historia adquiere una tesitura y sobre todo una vitalidad envidiable, y si con esas tres dotes, se auna la imaginación y el estilo brillante que infunde un soplo de vida, la historia parece dejar de ser historia para ser novela, pero no lamentamos que no sea éste el caso de Millé, ya que en él la imaginación es menguada y el estilo es llano, sencillo, sin alas para vuelo alguno, pero su dicción es una mansa corriente de agua cristalina, pues posee ese estilo que algunos teorizantes han llamado el estilo sin estilo, esto es, sin atavíos ni afeites algunos postizos.

El amor del arquitecto Millé, (que tanto incrementa su ciencia y su sentido de responsabilidad

como historiador), es a la Iglesia de San Ignacio como obra de arte, pero, como en el caso de todos los historiadores imparciales, Lamas, Estrada, en el pasado, Sierra y Cayetano Bruno en el presente, es también a los religiosos que, desde su arribo a estas regiones americanas, en las postrimerías del siglo XVI hasta 1768, participaron tan activa como inteligentemente en todas las esferas culturales; ciencias, letras y artesanías, y han dejado tras sí huellas tan indelebles de su proteica acción.

En una sentida Dedicatoria, con que se abre este volumen, recuerda el autor cómo este su libro se acababa de publicar en una fecha coincidente con la del 3 de julio de 1767, en que fueron expulsados los jesuitas, y escribe: **"pues bien, a todos esos admirables religiosos que en aquellos trágicos momentos tuvieron la sublime entereza y el elevado valor, por espíritu de la obediencia que tenían jurada, de someterse sin protesta al Real mandato, dedico yo este libro, fruto de mis desvelos y trabajos de varios años, al cumplirse los doscientos años de haber sucedido aquellos luctuosos acontecimientos"**.

(viene de pág. 49)

Si se hace mal uso de las afirmaciones contenidas en las obras de Teilhard de Chardin, esas afirmaciones pueden desorientar los espíritus e inducirlos a error en materia filosófica y teológica. Quien no es capaz de ir más allá de lo que suenan las palabras entendidas con las categorías filosófico-teológicas a que está habituado; quien no es capaz de una exégesis más honda para interpretar rectamente lo que su autor quiere decir; ese tal, que no se aventure sin guía por las aguas peligrosas de los libros de Teilhard de Chardin.

Este es, a nuestro parecer, el sentido estricto del "Monitum" o "Advertencia" del Santo Ofi-

cio respecto de las obras de Teilhard de Chardin,

Jacinto Luzzi

NOTAS:

1 La edición en lengua española de L'Osservatore Romano (Nº 517, del 22 de julio de 1962), traducía con menos propiedad el "satis patet" del original, por "es evidente".

2 "Chocan" u "ofenden" nos parece versión más exacta y liberal que "resultan dadinos", como traduce L'Osservatore Romano (ibid., pág. 4).

3 De ninguna manera puede traducirse como lo hace la revista española Ecclesia (Nº 1.102, pág. 15). Se trata de proteger sobre todo a los jóvenes "contra los peligros de las obras del P. Teilhard de Chardin y los peligros de sus seguidores".